

Edward Yang

Yang nace en Shanghai en 1947 y crece en Taipei en una época en la que la capital experimentaba un crecimiento dramático a consecuencia de los millones de migrantes que huían de la revolución comunista de 1949. Después se trasladó a Estados Unidos donde estudió ingeniería informática, después cine y después trabajó como programador de software en Seattle durante ocho años, hasta que, según una historia muy difundida, la película de Herzog, *Aguirre o la cólera de Dios* fue su camino de Damasco cinematográfico. Yang volvió a Taipei con un renovado interés y fe en el cine, en busca de posibilidades más allá de las construcciones comerciales. (...) En su primera obra, *Desires*, treinta minutos de una película colectiva, mostraba una visión nueva y audaz y prometía que su cine sería una ruptura histórica con el pasado. Irónicamente *Desires* es una película de época y un borrador de *A Brighter Summer Day*, que ocurre en 1960. El resto de la obra de Yang trata del Taipei de nuestros días, de su cultura híbrida y esquizofrénica (una amalgama de influencias chinas, japonesas y occidentales), las complejidades de la modernidad, del miedo y la realidad de la alienación urbana, de las perpetuas astucias y disfraces del capitalismo y del declive de los valores familiares. El dinero (su tentación, su vulgaridad y volatilidad) está tan presente en la obra de Yang como en la de Mikio Naruse.

La obra de Yang se suele dividir en tres períodos: su "trilogía urbana" (*That Day on the Beach*, *Taipei Story* y *The Terrorizer*); sus obras novelísticas (*Desires*, *A Brighter Summer Day* y *Yi Yi*) y sus agudas sátiras sociales (*A Confucian Confusion* y *Mahjong*). Su primer largometraje, *That Day on the Beach*, rodado por el entonces novato Christopher Doyle, y protagonizado por la superestrella Sylvia Chang, confirmó la belleza y espíritu modernista que caracterizarían su cine. (...) *Taipei Story* y *The Terrorizer* son ambos *pseudo thrillers*, con un aire sórdido y realista y con una ambivalencia mordaz hacia Taipei y sus endurecidos habitantes. A pesar de una evolución en su estilo Yang mantuvo, contra las modas, la importancia del contenido sobre la forma. De hecho sus obras son textos de muchas capas que piden ser vistas más de una vez. (...) Los comentarios políticos y satíricos se esconden bajo la superficie de su ficción, una superficie meticulosamente diseñada y ejecutada, que revela la deuda de Yang con su fascinación por el *manga*. Así como sus películas incluyen el artificio auto reflexivo de una película (o una obra) dentro de una película, cada composición incluye otras narrativas (ya sea un mensaje o una pizarra, un videojuego o una pantalla, un poster) que hace que sea casi imposible descifrar todos los mensajes de Yang en una sola visión. (...)

Su narrativa "tolstoiana" alcanzó su apogeo en la elegíaca *A Brighter Summer Day*, de

la que Rosenbaum dijo que "era tan buena que las otras obras impresionantes de Yang palidecían por comparación". La película tardó varios años en hacerse y se situó la novena en la lista de las mejores de los noventa que hicieron los programadores de filmotecas. Combina sucesos reales con recuerdos autobiográficos del Taipei de los años sesenta y emplea una *troupe* de actores con los que Yang ensayó durante casi media década. (...) Entre la lamentación y la frenética sátira social, *A Confucian Confusion* y *Mahjong* despliegan una "ambición polifónica" (Jean-Michel Frodon) y personajes femeninos potentes que a la vez comparten y cuestionan la superficialidad de la metrópoli taiwanesa. En una trayectoria que se alteró poco, la carrera de Yang ganó en multidimensionalidad mientras volvía sobre los mismos temas. Tras la ambigua recepción de estas dos películas, Yang volvió a un lugar más tranquilo (que llamó "madurez") y nos regaló una joya: *Yi Yi*. Un elegante y virtuoso drama familiar con alcance universal y lecciones de vida, la película final de Yang no es tan autobiográfica como *A Brighter Summer Day*, pero el talento del cineasta se encarna en Yang Yang, el niño que duplica su nombre y fotografía las espaldas de la gente para enseñarles lo que no pueden ver. Con un poco de yin y mucho Yang, *Yi Yi* es una conclusión perfecta aunque desgraciadamente demasiado prematura, a la vida y obra de Edward Yang.

Andréa Picard, Cinematheque Ontario, marzo 2008.